

CAPÍTULO XII.

Se comunica, por telégrafo, á las autoridades de los diversos departamentos, la resolucion de Maximiliano de continuar gobernando.—Se celebra en Veracruz y en las demás poblaciones en que había autoridades imperialistas, la noticia.—Manifiesto de Maximiliano á los mejicanos.—Disgustado el mariscal Bazaine de la resolucion de Maximiliano retira las escoltas del camino.—Algunas reflexiones sobre ese hecho de Bazaine, y sobre lo que dice el conde de Kératry.—Que la conducta de los que proclamaron el trono, fué más leal que la observada por el gobierno francés.—Calificacion injusta del conde de Kératry respecto del clero mejicano.—Que la sociedad mejicana ha sido más bien calumniada que juzgada por la mayor parte de los escritores extranjeros.—No son ciertas las palabras que el conde de Kératry atribuye al arzobispo de Méjico.—Que tampoco es cierto que excomulgara al ejército francés.—Contradicciones en que incurre el conde de Kératry.—Los enviados norte-americanos Sherman y Campbell regresan á los Estados-Unidos al no abdicar Maximiliano.—Nota del ministro Lares haciendo saber á los representantes de Napoleon, la resolucion de Maximiliano.—Contestacion de los representantes de Francia al ministro Lares.—Circular dirigida á las legaciones por el subsecretario del ministerio de Negocios extranjeros.—Decreto de Maximiliano ordenando la formacion de tres cuerpos de ejército.—Nombra para mandar esos cuerpos á los generales Miramon, Marquez y Mejía.—Proclama de Maximiliano á la legion austro-belga, dándole las gracias por los servicios prestados al imperio.—Impiden los jefes franceses, por medio de su influencia, que los austriacos queden al servicio del emperador.—Se manifiesta que el gobierno francés faltó á sus solemnes compromisos con Maximiliano.—Voto de gracias elevado á Maximiliano por los habitantes de varios pueblos.—Los redactores de *L'Estafette* aconsejan á Maximiliano que abdique.—Algunas observaciones á varias apreciaciones de *L'Estafette*.—Contraste entre las palabras de *L'Estafette* en 1866 y las dichas por el mismo periódico en Junio y Julio de 1864.—Un artículo del periódico mejicano *La Sociedad* justificando la conducta de los mejicanos respecto de Maximiliano.—Maximiliano pasa una invitacion á los jefes republicanos más caracterizados para que tomen parte en el plebiscito que debía señalar la forma de gobierno que los pueblos quisieran establecer.—Sale de Orizaba Maximiliano con direccion á Méjico.—Brillante recepcion que le hacen en los pueblos del tránsito y en Puebla.—Entrevista de los representantes de Francia con Maximiliano en Puebla.—Nada alcanzaron en esa entrevista los representantes de Napoleon.—Renuncia el ministerio de la guerra el general Tabera.—Carta honorífica de Maximiliano al general Tabera.—Hace dimision de la secretaría privada del emperador, D. Eduardo Pierron.—Carta honrosa del emperador elogiando los servicios de Pierron.—

Manda Maximiliano dar las gracias á los habitantes de Puebla por la recepcion que le habían hecho.—Entregan los jefes franceses al general mejicano todo el material de guerra que pertenecía al país.—Derrota el jefe republicano D. Eulogio Parra en el punto llamado la Coronilla, á una columna franco-mejicana.—Toma el jefe republicano Parra posicion de Guadalajara.—Son perfectamente tratados los prisioneros franceses.—Carta del comandante prisionero francés Lanauze expresando el buen trato que habían recibido y dando parte de la accion.—Son derrotadas por las tropas imperialistas, en San Juan Tilapa, las tropas de Régules y de Riva Palacio.—Es derrotado el guerrillero republicano Fragoso en el punto de Santa Cecilia.—Sufre un descalabro la fuerza del guerrillero D. Luis Pita, en Santa Clara del Cobre, pereciendo él en la accion.—Alcanzan un triunfo los imperialistas en San Andrés Teuejapa.—El coronel imperialista Quiroga derrota cerca de Santa María del Rio al jefe republicano Esparza.—Es rechazado el general republicano Canto en la villa de Pénjamo.—Una carta del coronel imperialista Quiroga á Vidaurri, confiando en el triunfo del imperio.—El general imperialista Lozada levanta una acta declarándose neutral.—Los enviados norte-americanos Sherman y Campbell visitan al general republicano Escobedo en Matamoros.—Se dirige hácia San Luis Potosí el general republicano Escobedo.—Se rebela en el camino el coronel Canales.—Envía Escobedo en persecucion de éste al general Cortina.—Evacuan los imperialistas á San Luis Potosí.—Ocupan los republicanos la ciudad de San Luis.—Amagan las tropas republicanas á Tulancingo.—Entrevista del coronel republicano Picazo y el príncipe Salm Salm á inmediaciones de Tulancingo.—Le ofrece el coronel republicano Picazo al príncipe de Salm Salm veinte mil duros porque se le entregue la plaza.—Error en que respecto á ofertas de esa naturaleza está el príncipe de Salm Salm al hablar de los militares mejicanos.—Evacuan las fuerzas imperialistas á Tulancingo por orden de Bazaine.—Sale el general imperialista Miramon de Méjico para hacer la campaña en el interior.—Algo sobre los adelantos de las letras, las ciencias y las artes en Méjico.—La pintura mural ejecutada en la cúpula de la Profesa por D. Pelegrin Clavé y sus aventajados discípulos.—Se establece en Méjico una escuela de sordo-mudos.—Forma el alcalde municipal D. Ignacio Trigueros, los jardines de la Plaza de Armas.

Diciembre.

1866.

1866. La actividad desplegada por los hombres del partido conservador en Orizaba era grande.

La resolucion del emperador Maximiliano en continuar al frente de los destinos de la nacion, había reanimado el espíritu de los que le habían llamado al trono.

El mes de Diciembre empezó lleno de esperanzas para el partido conservador.

Los habitantes de Orizaba se movían por todas partes felicitándose por la determinacion tomada el día anterior por el soberano.

Fijado en los puntos más públicos y transitados de la poblacion, se veía un impreso que leían con avidez millares de personas. Las palabras con que empezaba eran las siguientes: «*Viva el imperio mejicano!*» y en seguida estas otras: «El 30 de Noviembre será para siempre memorable, porque en él ha tenido lugar un grande acontecimiento, un acontecimiento que pone fin á la cruel incertidumbre en que nos hallábamos. S. M. I., el gran Maximiliano ha tomado la noble resolucion de seguir rigiendo los destinos de Méjico.

»¡Orizabenos! congratulémonos por un acontecimiento que nos ha resuelto la paz, y que tanto debe influir en nuestra suerte futura: trabajemos en el restablecimiento del orden y con la union de nuestros hermanos, tan necesaria á la paz y al engrandecimiento del imperio.»

Comunicada por telégrafo la noticia de la determinacion tomada por el emperador, las autoridades imperialistas la recibieron con extraordinario júbilo, llegando el entusiasmo del prefecto político de Veracruz hasta el grado de invitar en una alocucion que leyó á una multitud de personas que se reunieron en palacio, «á dar gracias á la Providencia por haber salvado la integridad del territorio, y para que con toda la efusion de los corazones se saludase el día de la resurreccion de la nacionalidad, en vísperas de desaparecer.»

En el mismo día 1.º de Diciembre, los redactores del **1866.** *Diario del Imperio*, daban cuenta al público Diciembre. de la determinacion tomada por el emperador, en los términos siguientes: «Han terminado en Orizaba las deliberaciones de los Consejos de Ministros y de Estado. De acuerdo con su voto, S. M. el emperador ha tomado la resolucion de conservar el poder y de regresar muy pronto á la capital. Esta resolucion noble y patriótica del soberano, adoptada definitivamente ayer, causó una impresion de gozo indefinible en Orizaba, donde se celebró con repiques, cohetes, músicas y todo género de alegres demostraciones. El entusiasmo de aquella poblacion no es más que el preludio del que causará esta noticia en todos los puntos del imperio: ella viene á poner un término á la ansiedad de estos días; y reanimando el valor de los verdaderos patriotas, afirma la confianza que abrigan todos los buenos en el porvenir tranquilo y dichoso de la patria. S. M. el emperador sólo se detendrá en Orizaba el tiempo indispensable para dictar algunas medidas urgentes.»

En Méjico se hicieron las mismas demostraciones de alegría al recibirse la noticia, y el general don Tomás Mejía felicitó al emperador desde San Luis Potosí, por su resolucion de continuar gobernando, y comunicaba al gobierno, «que en aquella ciudad, así como en las poblaciones cercanas, habia causado la noticia una profunda y agradable sensacion.»

El emperador Maximiliano con el fin de dar á conocer al país que accediendo á la opinion del Consejo de Estado y de los ministros continuaba ejerciendo el poder, dió en

el mismo día un manifiesto concebido en los términos siguientes:

«Mejicanos:—Circunstancias de gran magnitud con relacion al bienestar de nuestra patria, las cuales tomaron mayor fuerza por desgracias domésticas, produjeron en nuestro ánimo la conviccion de que debíamos devolver el poder que nos habíais confiado. Nuestros Consejos de Ministros y de Estado, por Nos convocados, opinaron que el bien de Méjico exige aun nuestra permanencia en el poder, y hemos creído de nuestro deber acceder á sus instancias, anunciándoles á la vez nuestra intencion de reunir un Congreso nacional, bajo las bases más amplias y liberales, en el cual tendrán participacion todos los partidos, y éste determinará si el Imperio aún debe continuar en lo futuro; y en caso afirmativo, ayudar á la formacion de las leyes vitales para la consolidacion de las instituciones públicas del país. Con este fin, nuestros Consejos se ocupan actualmente en proponernos las medidas oportunas, y se darán á la vez los pasos convenientes para que todos los partidos se presten á un arreglo bajo esa base. En el entretanto, Mejicanos, contando con vosotros todos, sin exclusion de ningun color político, Nos esforzaremos en seguir con valor y constancia la obra de regeneracion que habeis confiado á vuestro compatriota.»

La determinacion tomada por el emperador Maximiliano vino á echar por tierra todas las combinaciones de la política francesa. Su abdicacion, que el gobierno de las Tullerías había creído segura dejándole sin ejército y sin recursos pecuniarios, para lo cual había hecho el convenio vivo á las aduanas, quedó sin efecto en los momentos

en que esperaba verla realizada. Esa abdicacion era la única que podía proporcionar á la Francia un medio aparentemente honroso para retirar sus tropas y entrar en arreglos con los Estados-Unidos en cuanto á sus intereses.

1866. Disgustado el mariscal Bazaine de aquella
Diciembre. inesperada resolucion de Maximiliano, y altamente indignado contra los individuos de los Consejos de Ministros y de Estado que le habían hecho tomar aquella determinacion, retiró todas las escoltas que daban seguridad al camino desde Orizaba á Méjico, exponiéndolos á una desgracia personal y á ser capturados por alguna de las varias guerrillas que se habían presentado por aquel rumbo desde que se tuvo por seguro el regreso de las tropas francesas á Francia y se daba por hecha la abdicacion de Maximiliano. No era digna de un militar de elevada graduacion esa ruín venganza. Los miembros del Consejo, cualesquiera que fuesen sus opiniones, habían acudido al llamamiento del hombre que habían reconocido por jefe de la nacion, y léjos de abandonarle, cuando el gobierno francés lo hacía faltando á sus compromisos más solemnes, le ofrecieron su apoyo, sin consultar más que á sus sentimientos de lealtad y de opinion.

Tambien el conde de Kératry dice que los franceses debían haber arrancado por fuerza á Maximiliano del país. «En aquel momento supremo,» dice, «cuando el príncipe generoso se dejaba impulsar por su honor al precipio abierto bajo sus plantas y perceptible á todas las miradas, hubiera sido muy noble arrebatár á viva fuerza al compañero de nuestra fortuna, que se trocaba en mala,

y llevarle á pesar suyo á Austria.» Yo estoy muy léjos de tener por noble ese pensamiento. Si los conservadores hubieran faltado en sus compromisos á la Francia ó al emperador Maximiliano, habría tenido derecho el gobierno francés para dejarles sin el hombre que había aceptado la corona; pero cuando la Francia era la que había faltado á sus promesas con el partido conservador y con Maximiliano, arrebatar á éste del país, dejando abandonado al primero cuando se le había hecho que comprometiese sus bienes y vida, admitiendo la intervencion,

1866. sin haberle permitido luego que formase un
Diciembre. ejército para defenderse, era poco digno, poco honroso.

La conducta observada por los conservadores con el emperador y con la Francia había sido leal y franca. Los hombres de ese partido, desde que Maximiliano abrazó la política indicada por el gabinete de las Tullerías y no aquella que al aceptar el trono se creyó que seguiría, le aconsejaron que consultase de nuevo la opinion de los pueblos para que eligiesen el sistema bajo el cual querían ser regidos. Así se lo pidió el abogado don Antonio del Moral al aceptar en 1864, con esa condicion, el elevado cargo que le confería. No emitiré mi opinion, porque esto no es de mi incumbencia, sobre si las ideas del partido conservador eran ó no las más convenientes al país, ni si eran las que estaban ó no más de acuerdo con las ideas de la mayoría en aquella época. Lo que se puede asegurar es que las profesaban de buena fe; que juzgaban que de las mismas participaban los innumerables pueblos que figuraban en las actas levantadas por el imperio, con un mo-

narca católico; pues sólo cuando se abriga esa conviccion, se pide que se consulte el sufragio público convocando á los pueblos de una manera leal y franca, para aceptar lo que la mayoría del país juzgue más conveniente para su felicidad. Y esta proposicion la habían hecho aun antes de la aceptacion del imperio, en la época de la presidencia de don Miguel Miramon, cuando don Benito Juarez estaba reducido á solo la plaza de Veracruz, y por el mismo Miramon al general en jefe republicano don Santos Degollado en Diciembre de 1857, antes de dar una sangrienta batalla en que la fortuna dió el triunfo al primero. ¿Por qué Maximiliano no aceptó el del consejo prefecto conservador don Antonio del Moral? ¿Por qué la Francia no le aconsejaba entonces que hiciese esa consulta á los pueblos? Porque juzgaba contento al partido liberal al ir con sus ideas, y sabían que habiendo tomado un rumbo opuesto en su política al que todos se habían imaginado, los pueblos conservadores que llamaron al emperador habrían votado por otro que estuviera de acuerdo con sus ideas religiosas y contra la política de la Fran-

1866. cia. Hasta los escritores ménos adictos al par-
Diciembre. tido conservador han consignado en sus obras ese cambio de política abrazado por Maximiliano. «Apenas el emperador había pisado el suelo de su nueva patria,» dice el mismo conde de Kératry, en otra parte de su obra, «cuando olvidando la gratitud hizo á un lado á la mayor parte de los personajes del partido llamado conservador ó clerical que habían ayudado á la intervencion.»

Y sin embargo de este cargo de ingratitud hecho por el expresado Kératry á Maximiliano, y no obstante de

que á pesar de su ingratitud con el partido que le había llamado, este fué el único que acudió á su llamamiento cuando la Francia le abandonaba, ese conde de Kératry, repito, había aprobado antes, en otra parte de su obra, que Maximiliano hubiese abrazado la política opuesta á los que aceptaron la intervencion y adoptaron la monarquía, pues juzga que «hubiera sido impolítico que hubiese abrazado radicalmente la causa clerical, y altamente incompatible con la bandera francesa.» Muchos males hubiera ahorrado á Méjico el gabinete de las Tullerías y muy especialmente á los hombres que aceptaron la intervencion» si antes de inclinarlos á aceptarla con promesas halagadoras, le hubiese dicho que las ideas conservadoras que querían afianzar con la creacion de un trono, eran incompatibles con la bandera de la Francia. Kératry procura disculpar á Maximiliano, y con él al gobierno francés, de haber obrado en sentido opuesto al que habían esperado los que aceptaron la monarquía, suponiendo, equivocadamente, al partido conservador sumiso enteramente al clero, y á éste, falto de virtudes y corrompido. «Si el clero francés,» dice, «es el primero en dar grandes ejemplos á ambos mundos, el de Méjico, con pocas excepciones, está corrompido por el abuso y el deseo de los goces, que no ha hecho sinó crecer durante este tiempo de continuas revoluciones por la falta de disciplina. No era en su seno á donde el soberano podía sacar alguna fuerza: no era allí donde podía encontrar sinceridad ni desinterés. No hemos podido olvidar que la primera palabra pronunciada por Monseñor Labastida, arzobispo de Méjico, al volver á la capital de su patria desolada que

»no había vuelto á ver durante muchos años, había sido preguntar si durante la guerra se habían respetado los olivares de su casa episcopal de Tacubaya. La cuestion de la Iglesia y de los fieles, se había borrado delante de las rentas.»

No haré la injusticia al clero francés de negarle que posee grandes virtudes y hombres de notable capacidad; pero no puedo convenir, en obsequio de la justicia y de la

1866. verdad, en lo que asienta el conde de Kératry Diciembre. respecto del clero mejicano. Méjico ha tenido

la desgracia de haber sido juzgado con desfavorable prevencion por algunos escritores extranjeros, contrastando su proceder con el juicioso y recto del sabio viajero alemán, don Alejandro de Humboldt, que dejó en su excelente obra *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, un monumento digno que eternizará su nombre. La sociedad mejicana ha sido más bien calumniada que juzgada por la mayor parte de los escritores franceses, desde que figura como nacion independiente. Todas las clases, sin distincion, se han presentado con sombrías tintas que han hecho desconocible el cuadro infelmente trazado, y no ha sido la clase eclesiástica la que con ménos exactitud ha sido pintada, como se ve por la pluma del conde de Kératry para disculpar la inconsecuencia de la Francia con el partido conservador. No negaré que las revoluciones relajan en gran manera las costumbres y la moral de los pueblos; no negaré tampoco que el clero mejicano no contase en su seno, como cuenta toda clase de la sociedad, con individuos que careciesen de faltas y de defectos; pero al mismo tiempo confesaré, porque es deber

del escritor pagar tributo á la justicia, que pocos pueblos del mundo, con las revoluciones continuas que han aquejado á Méjico, hubiera conservado las buenas costumbres y la moral en la elevada proporcion que la nacion mejicana. Hablo con conocimiento de causa. He vivido y viajado mucho en aquel país; he tratado con todas las clases de su sociedad; he estudiado detenidamente sus costumbres; las he descrito allí mismo así como en España, y he concurrido, en union de los mismos mejicanos, á sus fiestas, á sus regocijos, á sus funciones, á sus diversiones de campo, á las tertulias de la alta sociedad y la media, á sus romerías, y en fin á cuanto puede proporcionar el conocimiento completo de un país, desde sus cosas más pequeñas hasta las más importantes y elevadas. Nada destruye más terminantemente el aserto del conde de Kératry respecto del clero mejicano, que los hechos de este. Si el expresado escritor hubiese conocido los hechos anteriores á la intervencion, habría visto que las conspiraciones atribuidas al clero por aquella parte de la prensa que juzgaba conveniente la desamortizacion de

1866. los bienes de la Iglesia y la libertad de cultos, habían sido una suposicion para llegar al objeto deseado; que la mayor parte de las acusaciones vertidas contra determinados individuos, quedaron desmentidas, y que los destierros de varios prelados se habían verificado sin formacion de causa, desaprobando ese proceder contrario á la constitucion, los periódicos mismos liberales de alguna reputacion. Muchas virtudes tiene, me complazco en confesarlo, el clero francés; pero el mejicano dió pruebas muy palmarias de su abnegacion

y de su fé, viviendo de la caridad únicamente, despojado de sus rentas, vistiendo la mayor parte de sus individuos con la ropa ya usada que algunos particulares les daban, pues habiéndoseles prohibido llevar el traje talar eclesiástico, y no recibiendo sueldo del gobierno, se veían precisados, aquellos que no tenían bienes heredados de sus familias, que eran los más, á vestirse con la ropa que los amigos seglares les daban. Respecto de lo que el conde de Kératry asienta como cosa indubitable, al hablar del respetable prelado don Pelagio Antonio de Labastida, bastará una observacion para manifestar que en ese punto el expresado escritor no ha estado más fielmente informado que en otros varios de que tengo hablado ya. «No hemos podido olvidar,» dice, «que la primera palabra pronunciada por Monseñor Labastida, arzobispo de Méjico, al volver á la capital de su patria desolada que no había vuelto á ver durante muchos años, había sido preguntar si durante la guerra se habían respetado los olivares de su casa episcopal de Tacubaya. La cuestion de la Iglesia y los fieles, se había borrado delante de la de las rentas.»

Que el primer cuidado del prelado mejicano, aun antes de volver de Europa á su patria fué el de la Iglesia y los fieles, se ve en que no quiso admitir la regencia sinó á condicion de que aquella sería respetada y respetadas las creencias de los segundos. Grande debió ser la dignidad y fé que en él reconocieron el emperador de los franceses y el archiduque Maximiliano, cuando le suplicaron que partiese lo más pronto posible para ocupar su puesto de regente. Por lo que hace á la pregunta de los olivares de

su casa episcopal, el conde de Kératry, se conoce que ignoraba que cuando el señor Labastida salió desterrado sin formación de causa, no era arzobispo de Méjico, sino obispo de Puebla, y que, por lo mismo mal podía pregun-

1866. tar por los olivares de *su casa episcopal*,
 Diciembre. cuando iba á habitarla por primera vez. Pero aun suponiendo, sin conceder, que antes de su destierro hubiese sido arzobispo, no era necesario que hiciese esa pregunta, puesto que de cuanto pasaba en Méjico y le interesaba saber durante su destierro, le daban exactas y francas noticias las personas de su confianza que habían quedado en Méjico. Además, los olivares de la casa episcopal, eran en muy escaso número y no producían renta ninguna, pues el poco aceite que de ellos se sacaba, no se vendía, sino que se destinaba al culto. En cuanto á que «no era en el seno del clero á donde el soberano podía encontrar sinceridad y desinterés», está contestado con la conducta siempre igual, invariable, que los prelados mejicanos observaron desde el principio con Maximiliano y la intervencion francesa. Aceptaron ésta y al monarca bajo el concepto de que se obraría respecto de la Iglesia de manera opuesta á la observada por el gobierno de D. Benito Juárez, y consecuentes con sus principios, elevaron respetuosas, pero enérgicas representaciones, al monarca siempre que le vieron obrar en ese punto de un modo contrario á lo esperado, exponiendo lealmente sus razones y sus consejos. El mismo conde de Kératry, llega sin intentarlo, á confesar esa invariabilidad en los individuos que formaban el clero, asentando que el mariscal Bazaine, hallándose en el interior del país el mes de Febrero

de 1864, se había visto precisado á volver rápidamente á la capital para evitar un conflicto, pues «el arzobispo había creído conveniente excomulgar al ejército francés durante su ausencia», por haber obrado su general en jefe de una manera opuesta á la que se esperaba respecto de los asuntos de la Iglesia. Aunque no aconteció semejante hecho, pues ni hubo esa excomunion ni cruzó por la mente del arzobispo semejante idea, sino que es una de esas muchas anécdotas inventadas por algunos que tienen interés en circularlas para alcanzar el fin que se propone, y que algunos escritores acogen con extraordinaria facilidad, ella revela, sin embargo, la creencia que existía en el público de la firmeza en las ideas del arzobispo y de la lealtad con que las exponía á los hombres que se hallaban en el poder. Si yo intentase patentizar esa sinceridad y ese desinterés de parte del clero hácia Maximiliano que el conde de Kératry le niega, en una parte de su obra,

1866. no me valdría de otra aseveracion que de la
 Diciembre. que hace en diversa página de la misma obra el mismo conde de Kératry, olvidándose en una de lo que ha asentado en otra, consecuencia de la poca seguridad en los hechos de lo que se refiere. «El señor Lares,» dice, «encargado de llevar la palabra por todos los miembros de la comision que pasó á Orizaba, había suplicado al emperador que no se alejase del territorio, afirmando, en nombre del clero, de quien salía garante el padre Fischer, que S. M. podía contar inmediatamente con cuatro millones de duros y un ejército pronto á comenzar las operaciones.»

Repito que si yo intentase demostrar algo en contra del